

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

MI TANATOLOGÍA
SEMANA 5

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL

PROFESOR JOSÉ ACEVEDO TELLADO

EN CUMPLIMIENTO DE LOS REQUISITOS DEL CURSO

TANATOLOGÍA
CPC350

POR

LUZ ESHTER RAMÍREZ RODRÍGUEZ
DE ESTUDIANTE 4366

SAINT JUST, PR
10 DE SEPTIEMBRE, 2025

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

MI TANAGOGRAFÍA – SEMANA 5

El hacer las lecturas asignada tituladas “La Variedad de Pérdidas y La Dinámica del Duelo, me ha provocado ir “desandando caminos andados”. Creo que puedo añadir que me ha llevado a visitar lugares donde la tristeza era la norma y la paz interior algo casual. Contestando la primera pregunta guía, ¿cuáles fueron sus pérdidas? escojo hablar de *la que menos duele y de la persona que más extraño*, la pérdida de mi madre. Tal vez, para alguien esto pueda resultar una contradicción, “la que menos duele y la persona que más extraño en mi mundo”, pues realmente me estoy refiriendo a mi mamá. Pienso que tal vez, pueda utilizar el término la que menos duele, pues su condición de salud fue empeorando durante catorce años. Catorce años de los cuales los últimos 10, estuvo viviendo conmigo y fui testigo de cada día y cada hora de su pérdida de memoria. Pérdida que la llevó a olvidar como caminar, como masticar su alimento (teniendo que ser alimentada artificialmente con una máquina), que la llevó a olvidar quienes eran sus hijos, entre muchas cosas más. Fui testigo de cada hora y cada día de esos 10 últimos años, de como una persona de 65 años, recibe un diagnóstico de Alzheimer, se fue perdiendo dentro de ella misma, a lugares que yo no la podía acompañar, solamente podía estar a su lado. Así que ante la segunda pregunta guía de cuales

fueron mis reacciones ante esa pérdida, puedo decir que fue una mezcla de sentimientos, primero temor ante un

diagnóstico del cual no sabía absolutamente nada, luego de leer y aprender todo lo que pude acerca de la condición, recuerdo haber sentido mucho, pero mucho coraje, coraje de porque ella y porque “ahora”. Recuerdo que luego regresé a la etapa de continuar informándome, leyendo, escuchando conferencias, tratamientos (ninguno), manejo de la condición, que esperar (que era lo que más me asustaba).

Puedo recordar como si fuera ahora, la primera vez que no recordó mi nombre. Estábamos almorzando en mi casa, y de momento me mira y me dice: ¿cómo es que tu te llamas? De momento pensé que era una broma, pues ella era bien alegre y le gustaba bromear. Le pregunté, ¿mami, ¿cómo que cómo yo me llamo, ¿quién soy yo”? Y en su mirada perdida, la vi buscando mi nombre en un lugar que ya se encontraba vacío. Tras un silencio, me dice, “bueno yo sé que tú eres mi amiga, mi mejor amiga pues tú me cuidas, tú me bañas, me das comidita, me das mis gustitos...si, definitivamente tu eres mi mejor amiga” y continuó almorzando como si nada. Ese día si fue bien fuerte para mi, pues de momento me di cuenta de que ya no había marcha atrás y luego de acostarla en la noche, recuerdo que

lloré y lloré y reclamé preguntándole a Dios, hasta que me sorprendió el sol de madrugada.

Para mi sorpresa y abordando la tercera pregunta guía, cuando la familia, entendiéndose sus hermanos y demás familia lo supo su reacción fue de sorpresa en primer lugar y cuando vieron que la condición era para “largo”, de alguna llamada de simpatía de

vez en cuando y de un “hay bendito contigo, que la tienes todos los días”.

Una cosa si debo mencionar, tengo una hermana y un hermano, que en la medida que pudieron dijeron presente. Mi hermana ha residido en Estados Unidos por los últimos 50 años. Pero siempre estaba pendiente a llamarme, a monitorearme y sobre todo a escucharme, después de todo también era su mamá y ella, aunque quería estar presente físicamente, por razones de trabajo y de índole personal no podía estar acá. Por otro lado, estaba mi hermano, quien de la forma que entendió que podía ayudar era cubriendo todas y cada una de las necesidades económicas que mami pudiera tener y también por el doy gracias a Dios, porque si no hubiera sido más difícil aún. En términos de cómo me sentí apoyada en ese momento, realmente no tenía ni el tiempo ni el ánimo de evaluar cómo me sentía, para mí, ante la situación, cada persona brindaba el apoyo o la ayuda que podía, si no lo hacía era porque no lo sentía, pero no recuerdo haberme sentido mal porque

fulano o fulana hicieron o dejaron de hacer, en verdad no esperaba nada de nadie. Ahora entiendo que en ese momento mi mamá era mi responsabilidad, era mi dolor y era mi pérdida, todos los días un poquito más. Ya que ha pasado el tiempo, puedo entender el por qué cuando llegó el momento en que mami murió, me encontré tranquila y serena. Pude hacer

los arreglos en el momento y luego el día del cementerio con una serenidad tan grande, que yo misma me asombraba, nada de llantos, ni gritos ni porqués. Pienso que el tiempo que estuve con ella, fue como perdiéndola poco a poco y cuando llegó el momento final

entendí que ya descansaría. A eso es a lo que me refiero cuando al principio de este escrito, mencioné la pérdida que menos me duele y a la persona que más extraño, siendo que aun habiendo pasado 14 años, hoy todavía la extraño, unos días más, unos días menos.

Como una segunda experiencia de pérdida, puedo mencionar la muerte de mi padre. Que, hablando con verdad, puedo decir que fue muy diferente a la de mi mamá. Mi padre murió alrededor de un año antes que mi mamá, de complicaciones de una pulmonía. Siendo que fue un padre ausente, maltratante física y emocionalmente para con mi madre, para con mis hermanos, para conmigo y para con toda persona que estuviera cerca

del el, aun cuando su muerte ciertamente la puedo narrar como una de mis pérdidas, el cómo me sentí y mis reacciones y las reacciones de las personas alrededor de él, fueron completamente diferentes a la pérdida de mi mamá. Si, ciertamente me aseguré de que tuviera los mejores cuidados posibles en un hogar de envejecientes y de acompañarlo en su hora de morir.

Recuerdo que en esos momentos como estaba un poco agitado, le hablé y le dije que estuviera tranquilo, que todo el pasado, refiriéndome a su mal trato y abandono quedaba olvidado, quedaba perdonado. En ese momento y casi sin poder hablar se me quedó mirando y me preguntó en pocas palabras, perdonarlo de que, pues él nunca había hecho nada por lo que sintiera que debía pedir perdón a nadie. Como último suspiro, maldijo a mi hermano menor y murió.

Creo que la pregunta obligada aquí seria, si le había hecho el acercamiento para aceptar a Jesús en su corazón antes de morir, y la contestación es no, no lo hice. No lo hice porque en primer lugar todo sucedió como que muy rápido, en segundo lugar, yo no conocía al Señor como le conozco ahora. Recuerdo que lo que hice fue rezar el Padre Nuestro, cerrar sus ojos y comenzar a hacer los arreglos con el hogar de envejecientes.

Yo pienso que de estas dos experiencias la que más ha influido en mi persona, fue esta última. La muerte de mi padre me enseñó a que no

debemos esperar para decir un te quiero o un perdóname. Me enseñó que al momento de morir te acompañaran aquellas personas que te han amado y a quienes has respetado y amado en tu vida. En el caso de mi padre las únicas personas que lo acompañamos al cementerio eran mis dos hermanos y yo. Que triste, ¿verdad?

Resumiendo, puedo decir que luego de estas lecturas ya puedo entender por qué cuando mi madre murió, me pude mantener serena, ahora entiendo que mi duelo y mi luto habían durado 10 años antes de ella morir.

Dios le bendice.